

CIENCIA
PENSAMIENTO
Y CULTURA

arbor

VOLUMEN CLXXXII

Nº 718

marzo-abril [2006]

MADRID [ESPAÑA]

ISSN: 0210-1963



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN
Y CIENCIA



Consejo Superior
de Investigaciones Científicas

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

UN DISCURSO DE RAMÓN Y CAJAL SOBRE *EL QUIJOTE*

ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura
CLXXXII 718 marzo-abril (2006) 237-244 ISSN: 0210-1963

José Luis González Quirós
Instituto de Filosofía, CSIC

ABSTRACT: *The article is a brief study to a lecture by Santiago Ramon y Cajal, entitled Psychology of Don Quixote and Quixotism. It is a rather unknown text, as well as one of the main works regarding the topic produced at the time of the 3rd centenary of Don Quixote. The lecture was commissioned by the Medical College of San Carlos, and was read on May 9th, 1905. The existing editions contain quite a few printing errors.*

Our analysis sets out Cajal's ideas regarding the situation of Spanish science and the necessary measures that need to be taken. We also put these ideas in comparison with those of Unamuno and Ortega, the two main Spanish authors to write about the same topic in the same years. We emphasize the agreement between Unamuno and Cajal, as well as the radical difference we can find between Ortega's and Cajal's approaches to the subject of science.

KEY WORDS: *Quixote. Patriotism. Science. Investigation. Culture History of Spain. Effort. Heroism.*

El texto de Santiago Ramón y Cajal que se analiza a continuación contiene un discurso conmemorativo del III centenario de la publicación del *Quijote* que le encargó el Colegio Médico de San Carlos, y que se pronunció en un acto solemne que tuvo lugar en la sede colegial en Madrid el día 9 de Mayo de 1905. Ramón y Cajal, ya justamente famoso debido a los éxitos internacionales de su trabajo que culminarían en 1906 con la concesión del Premio Nobel de Fisiología y Medicina, aprovechó la oportunidad para componer una pieza que resume muy bien alguna de sus grandes preocupaciones: en primer lugar, las causas de la débil tradición científica española y, en segundo término, su idea de que el patriotismo debería ser el motor moral del sacrificio y del esfuerzo necesarios para terminar con el atraso científico de España. Se trata, en fin, de un texto que puede leerse como una especie de breve autorretrato moral del propio Ramón y Cajal.

Del discurso se hizo una edición muy corta de ejemplares en la imprenta madrileña de Nicolás Moya, en Madrid, el mismo año de 1905, y se ha incorporado después, no sin

RESUMEN: El artículo es un breve análisis del discurso de Santiago Ramón y Cajal titulado *Psicología de Don Quijote y el quijotismo*, un texto poco conocido que fue una de las piezas principales producida en torno al tema con motivo del III centenario del Quijote. El discurso de Ramón y Cajal le fue encargado por el Colegio Médico de San Carlos, y se pronunció en Madrid el día 9 de Mayo de 1905. Las ediciones existentes contienen algunas erratas e inexactitudes.

Nuestro análisis expone las ideas de Ramón y Cajal en relación con la situación de la ciencia española y con los remedios que es necesario poner en práctica y con el espíritu que debe animarlos para poner luego en relación las ideas de Ramón y Cajal con las de Unamuno y Ortega, los dos principales autores españoles que escribieron sobre el tema en aquellos mismos años, subrayando la coincidencia entre Unamuno y Ramón y Cajal y la llamativa distancia de Ortega con las ideas de nuestro histólogo en relación con la ciencia.

PALABRAS CLAVE: Quijote. Patriotismo. Ciencia. Investigación. Cultura. Historia de España. Esfuerzo. Heroísmo.

curiosas erratas, en alguna de las caóticas ediciones de la obra de Ramón y Cajal. Hemos utilizado para este trabajo un ejemplar del folleto que se conserva en la Biblioteca del Instituto de Neurobiología Ramón y Cajal del CSIC. *

El siglo romántico había supuesto el reconocimiento del *Quijote* como obra dotada de un significado universal, pero los acontecimientos recientes, infaustos para la autoimagen de los españoles, favorecieron que la lectura cajaliana se ligase a la conciencia de crisis nacional de la época, aunque en esas fechas, como ha mostrado Anthony Close¹, la obra de Cervantes ya estaba íntimamente asociada con la decadencia española.

Ramón y Cajal, que solía fiarse poco de la improvisación, leyó un texto previamente escrito, corto y muy bien estructurado, en el que, a la vez un homenaje al autor y a la obra, hay una serie de reflexiones sobre lo que las ideas de Don Quijote han significado y deberían significar para los españoles.

Ramón y Cajal parte² de que Don Quijote es una figura moral espléndida y "universalmente admirada", una personificación "del individualismo indómito y de la abnegación sublime" que constituye, al tiempo, el más perfecto "símbolo del honor y del altruismo". La clave de la grandeza de Don Quijote está en que, cuando se ve vencido, le duele más el ideal que el cuerpo, en que "las derrotas no entibian su fe" porque una vida interior "intensa, exclusiva y arisca" le absorbe y ello le permite ser "creador de una corriente de vida poderosa y arrolladora de las barreras levantadas por el sentimiento, el interés y la tradición". Se pregunta Ramón y Cajal por qué Cervantes no hizo cuerdo a su héroe y entiende que la intención cervantina era la "polémica literaria" pero, apunta, además, que ese punto de locura del protagonista es necesario para hacer verosímiles los lances de la obra y para conservar ésta un "humorismo sano y de buena ley", pese a que el tono general de la novela sea "de honda melancolía y desconsolador pesimismo".

Ramón y Cajal sostiene que "no salen de la pluma tan perfectos y vivos los retratos humanos si el pintor no se miró muchas veces al espejo y enfocó los escondrijos de su propia conciencia", de manera que, aunque Don Quijote muera curado como Alonso Quijano el bueno, Cervantes tuvo que ser en la realidad un "Quijote incorregible en la acción y poeta romántico en el sentir y el pensar".

Para completar esta imagen equilibrada de romanticismo y realismo que le sugiere la obra, acude Ramón y Cajal a recordar el importante papel vital que Sancho Panza desempeña en la aventura quijotesca, un "lastre sin el cual el hinchado globo del ideal estallara en las nubes". Pero Sancho le sugiere algo más, porque Sancho no sólo ayuda a Don Quijote, sino que salva a Cervantes: "Con tus gracias, socarronerías y donaires consolaste el espíritu de Cervantes, haciéndole llevadera la carga abrumadora de angustias y desventuras. Por ti amó la vida y el trabajo, y pudo, tiempos adelante, y curado de enervadores pesimismos, retornar a los románticos amores de la juventud, componiendo el *Persiles*, verdadero libro de caballerías, y el *Viaje al Parnaso*, admirable y definitivo testamento literario. ¡Beleño suave de su sensibilidad sobreexcitada, tú salvaste al genio y con él a su gloria y nuestra gloria!". Ramón y Cajal, quien se siente como un indomable Quijote de la escasamente vigorosa ciencia española, quiere rendir homenaje a ese pueblo llano a cuyas espaldas y tributos

se debe la posibilidad de que haya quienes dediquen en cuerpo y alma sus vidas a la ciencia.

Se plantea luego Ramón y Cajal si hubiera sido posible una mirada más optimista sobre el destino de quien abraza ideales tan altos, si sería posible evitar "la amargura que destellan las páginas del libro cervantino" para lo que repasa los grandes y desdichados episodios de la vida de Cervantes:

¡Ah! Si el infortunado soldado de Lepanto, caído y mutilado del primer encuentro, no hubiera devorado desdenes y persecuciones injustas; si no llorara toda su juventud perdida en triste y obscuro cautiverio; si, en fin, no hubiera escrito entre ayes, carcajadas y blasfemias del hampa sevillana, en aquella infecta cárcel "donde toda incomodidad tiene su asiento"...¡cuán diferente, cuán vivificante y alentador *Quijote* hubiera compuesto: acaso la novela imperecedera sería, no el poema de la resignación y de la desesperanza, sino el poema de la libertad y de la renovación!

Es en este preciso momento retórico cuando Ramón y Cajal introduce mediante una metáfora bastante sorprendente su más acuciente preocupación personal:

¡Y quién sabe si en pos del Caballero de los Leones, otros Quijote de carne y hueso, sugestionados por el héroe cervantino, no habrían combatido también en defensa de la justicia y del honor, convirtiéndose al fin la algarada de locos en gloriosa campaña de cuerdos, en apostolado regenerador, consagrado por los homenajes de la historia, y el eterno amor de Dulcinea..., de esa mujer ideal, cuyo nombre, suave y acariciador, evoca en el alma la sagrada imagen de la patria!

Que Dulcinea sea la imagen de la patria quiere decir, sobre todo, que servir a la patria es el más alto ideal que quepa a un caballero. Las afirmaciones patrióticas de Ramón y Cajal resultan bastante sorprendentes por la intensidad afectiva y la importancia conceptual que adquieren en su pensamiento. Para Ramón y Cajal, el auténtico quijotismo es ser un patriota exigente, un enamorado ardoroso, ingenio y noble de España³.

A Ramón y Cajal le parece que el deseo de un Cervantes dichoso y reconocido en sus méritos es otra "desvariada fantasía", de manera que no tiene más remedio que preguntarse si se habría podido escribir el Quijote en "un

ambiente sereno y tibio, exento de pesadumbres y miserias", y si podríamos ahora beneficiarnos de ese "resumen y compendio de la vida humana, y visión fidelísima donde simbolizadas en tipos universales y eternos, se agitan y claman todas las lacras, pobreza y decadencias de la España vieja". Como la mayoría de los intelectuales de su tiempo, Ramón y Cajal lamenta el estado de postración de la España vieja, pero, como buen doctor, espera que esa postración no sea definitiva, porque aunque las personas no pueden rejuvenecer, los pueblos sí pueden.

Su respuesta a la pregunta retórica por un Cervantes sin traumas constituye un auténtico elogio del valor humano del sacrificio y del dolor:

¡Oh que gran despertador de almas e instigador de energías es el dolor! [...] Quizás el privilegiado cerebro de Cervantes necesitó asimismo, para llegar al tono y hervor de la inspiración sublime, de la punzante espuela del dolor y del espectáculo desolador de la miseria.

Ramón y Cajal se dispone a continuación a vérselas con el quijotismo, a distinguir entre un quijotismo que rechaza y un ideal moral que hace suyo, una ética que ensalza y recomienda, muy en especial a sus oyentes, hombres de ciencia, pero más en general a todos los españoles que sean capaces de abrazarla. El quijotismo que Ramón y Cajal desdeña es el que se enarbola como una imagen tópica de España⁴, basándose en la existencia de "cierto aire de familia entre el protagonista y el ambiente moral en que fue concebido" y que ha servido para considerar como:

Quijotismos cuantas empresas españolas no fueron coronadas por la fortuna. Complácense [muchos extranjeros, y no pocos españoles] en pintarnos cual legendarios *Caballeros de la Triste figura*, tenazmente enamorados de un pasado imposible, e incapaces de acomodación a la realidad y a sus útiles y salvadoras enseñanzas. No seré yo, ciertamente, quien niegue la complicidad que, en tristes reveses y decadencias, tuvieron la incultura así como la devoción y el apegamiento excesivos a la tradición moral e intelectual de la raza; pero séame permitido dudar de que la ignorancia, el aturdimiento y la imprevisión constituyen la esencia y fondo del quijotismo.

Frente a ese quijotismo tópico y negativo, Ramón y Cajal se lanza a buscar Quijotes, a convencer a quienes quieran

oírle que hay un ancho campo en el que practicar quijotismo de la mejor ley, sin miedo al fracaso. Nuestro autor empieza por reconocer que "a España, fuera de sus épocas más gloriosa, si le sobraron los Sanchos, le faltaron a menudo los Quijotes" y por anotar también que cuando hubo "copiosa cosecha de Quijotes" (nuestros descubridores y conquistadores que le parecen dignos de las *Vidas* de Plutarco) fueron muchos de ellos codiciosos, crueles y egoístas. Resplandecen, sin embargo, en ellos "rasgos exquisitamente quijotiles: la sed devoradora de gloria, el desprecio a la vida, y la sana ambición de poder y de mando" que gracias a "la energía de la voluntad indomable y el ansia de nombradía", consiguieron algo especialmente digno de ser subrayado, ya que:

Tan abundante fue en aquellos felices tiempos el capital conquistado por el heroísmo, que sin ser después acrecentado, antes bien sufriendo importantes mermas, pudo España mantenerse respetada, próspera y gloriosa cerca de un siglo.

Dada la carencia de Quijotes que hemos padecido en otros campos, dice nuestro sabio, muy especialmente en el de las ciencias y el de la filosofía, es necesario emprender la búsqueda de nuevos Quijotes que sean movidos por el intenso amor de la Patria-Dulcinea, por su rechazo al menosprecio de los extranjeros, por su amor a la invención y a la aventura del saber verdadero, por su rechazo de la erudición sin interés, de la repetición y de la subordinación intelectual a los entendimientos ajenos, es decir, por todo aquello que fue resorte efficacísimo en la hercúlea labor de nuestro autor. Para Ramón y Cajal era evidente que "el quijotismo de buena ley, es decir, el depurado de las roñas de la ignorancia y de las sinrazones de la locura, tiene, pues, en España ancho campo en que ejercitarse".

Conforme a este diagnóstico optimista, Ramón y Cajal llama a todos a:

corregir en lo posible los vicios y defectos mentales de la raza española, entre los cuales, acaso el más fértil en funestas consecuencias sociales, es la escasez de civismos nobles y desinteresados, de sanos y levantados quijotismos en pro de la cultura, elevación moral y prosperidad duradera de la patria.

En su alegato en pro de una interpretación positiva del quijotismo como un ideal que ahora había que concretar

en la preocupación patriótica y en el cultivo intensivo de la ciencia se apresura a salir al paso de una posible objeción interna a su discurso en el carácter realista de la obra cervantina:

Admiremos el libro de Cervantes, pero no derivemos su moraleja hacia dominios a que no tendió el ánimo del autor. El realismo en el arte ni deja de admitir cierta discreta dosis de levadura romántica, a fin de excitar el interés y elevar los corazones, ni contradice el supremo y patriótico fin de imprimir a la filosofía, a la ciencia y a la industria rumbos resueltamente idealistas.

El ejemplo cajalano no fue solamente un reactivo moral, fue una siembra eficaz de instituciones y escuelas de ciencia, un esfuerzo persistente tras el éxito, una ambición noble y exigente que le motivó sin descanso a lo largo de su espléndida carrera. Ramón y Cajal estaba convencido del poder movilizador de la solidaridad moral que debe unir a los compatriotas de que, como acaba su discurso sobre el Quijote,

consideradas desde el punto de vista moral, son las naciones síntesis supremas de ensueños y aspiraciones comunes, sublime florecimiento de una planta cuyas múltiples raíces se extienden y nutren por todos los corazones.

El discurso de Ramón y Cajal trae el *Quijote* al mundo de sus preocupaciones, al presente, y trata de extraer de la popularidad, atractivo y ascendencia que la obra tiene entre los españoles a quienes se dirige el análisis cajalano un estímulo moral muy preciso, la energía necesaria para no desmayar en la persecución del ideal de la excelencia científica y patriótica más allá de todo cálculo y de cualquier interés secundario. En el análisis que Ramón y Cajal dedicó a la actividad y la vida del científico⁵, nuestro autor insiste en que en el hombre de genio se juntan los idealismos de Don Quijote al buen sentido de Sancho. Al proponer a Don Quijote como modelo del esfuerzo patriótico que se necesitaba para poner a España a la altura de las otras naciones no se trataba, por tanto, de acudir a un mero recurso retórico con motivo de la conmemoración, sino que Ramón y Cajal estaba hablando con total seriedad y convicción de esa necesidad de buen quijotismo para arreglar las cosas.

La imagen de Don Quijote que ofrece Ramón y Cajal es, la apología de un luchador sin desmayo que está convencido de conocer dónde está el remedio de la decadencia y cómo

se han de afrontar los males de España. Don Quijote no es ni puede ser ni la causa de la decadencia española ni siquiera un síntoma de ella, frente a lo que estaban diciendo algunos escritores del momento como Ramiro de Maeztu⁶ quien, sin embargo, adujo en el año 1926 el discurso de Ramón y Cajal como si estuviera conforme con su interpretación.

El tratamiento del *Quijote* que hace Ramón y Cajal está, por tanto, exento de esa mancha de lo que Juan Marichal ha llamado el desdichado narcisismo español: no hay ninguna problematización de España, sólo hay llamadas al patriotismo, al esfuerzo, a abandonar las rutinas intelectuales, a atreverse a ser originales en el trabajo de la ciencia.

Es interesante examinar las relaciones que se pueden establecer entre la visión cajalana del significado específicamente español del *Quijote* y las visiones que del mismo tema encontramos en Unamuno y en Ortega. Me he ocupado más extensamente de este asunto en un escrito que está, desde hace un largo año, a la espera de imprenta (lo que prueba que alguno de los feos vicios nacionales que fustigaban tanto Ramón y Cajal como Unamuno siguen cien años después igual de campantes), pero es oportuno hacer una breve mención del asunto.

Para Unamuno, el *Quijote* debiera ser "nuestro evangelio de regeneración nacional"⁷ y "la Biblia nacional de la religión patriótica de España"⁸. El filósofo está en contra de una interpretación meramente *cervantista* o erudita del *Quijote*, en lo que coincide plenamente con Ramón y Cajal, aunque éste evita una polémica en la que sabe que no tiene autoridad especial citando en su texto a interpretes de tendencias muy distintas. Sin embargo, el patriotismo, el ansia de gloria, la llamada a la libertad de investigación, el desprecio por la erudición sin sentido, el empeño individual, el afán por descubrir que Unamuno recomienda recoge el mismo espíritu que Ramón y Cajal ha sabido leer en el *Quijote* y que ha recetado durante toda su vida a los españoles.

Unamuno⁹ se refirió a Cajal, a propósito de la publicación de sus escritos autobiográficos llamándole "fortísimo maestro de energía y de entusiasmo" y anotando que su figura ejerce un "magisterio también de patriotismo". Para el lector de ambos autores serán obvias otra clase de diferencias y, especialmente, las más filosóficas, como por ejemplo el muy distinto aprecio por pensadores como Darwin (a quien, por cierto, después tampoco valoraría mucho

Ortega) y Haeckel, y la diferente valoración de Nietzsche¹⁰ a quien Ramón y Cajal¹¹ atribuye, incluso, una "soberbia satánica", pero en lo que se refiere al tratamiento que necesitaba el espíritu español y el modelo que suponía el *Quijote*, las coincidencias son muy expresivas. Así, aunque Cacho¹² haya podido hablar de la "excentricidad" de Unamuno frente a la "moral de la ciencia", Ramón y Cajal¹³ escribe en 1913 a Unamuno para reconocerle que coincidía esencialmente con él (advirtiéndole, únicamente, que "sólo hay una ciencia"):

Puede que en algunos puntos secundarios haya divergencias entre las ideas de usted y las mías sobre el plan de elevación intelectual de España; pero creo que en lo esencial coincidimos. Trabajamos en campos diferentes y por eso nos impresionamos más aquella parte o sector de decadencia y atraso situado cerca de nosotros, o en la corriente de nuestros gustos. Somos, en fin, diversos pero complementarios. Lo mucho y exquisito que dice usted en su libro *Mi religión* (que por desgracia leí después de redactar mi libro) lo suscribo casi por entero. Creo que España debe desarrollar su ingenio propio, en arte, en literatura, en filosofía hasta en el modo de considerar la vida, pero en ciencia debemos internacionalizarnos. Hay escuelas filosóficas, literarias, artísticas, políticas; pero sólo hay una ciencia, la cultivada desde Galileo a Pasteur y Claudio Bernard. Todo nos urge, pero nos urge sobre todo la ciencia que es de lo que vamos peor. Y si por este lado no completamos nuestro patrimonio espiritual, corremos grave riesgo de ser expropiados como nación y aniquilados como raza. Es preciso, en suma, ser completos para ser respetados.

Esta coincidencia específica en las lecturas respectivas del *Quijote* que hicieron tanto Ramón y Cajal como Unamuno se rompe por completo en el caso del *Quijote* que, a partir de unos apuntes juveniles, nos presenta Ortega en 1914. Me parece que es importante subrayar que quien ha sido visto como el paladín de la europeización científica de España se aparte tanto de Unamuno y, de paso, de Ramón y Cajal, a la hora de interpretar la importancia del *Quijote* como faro capaz de iluminar las reformas necesarias en la España del siglo que entonces comenzaba. Ortega, que mostró siempre una admiración sincera hacia Ramón y Cajal, interpretó, sin embargo, *el caso Cajal* como una excepción sin apenas significado en el contexto que él estaba describiendo y tratando de reformar. Merece la pena preguntarse por las razones de esa desatención y por si tienen que ver algo con la lectura orteguiana del *Quijote*.

Ortega parece pensar que el tipo de ciencia que era necesario aclimatar y desarrollar en España tenía poco que ver con lo que había hecho Ramón y Cajal quien, además, estaba protagonizando un caso aislado y excepcional. Dos textos orteguianos sobre el tema son suficientemente significativos. En 1908¹⁴ escribe:

A poco que se conozca la economía interna de la ciencia habrá de convenirse en que basta lo mencionado para afirmar que en España no hay sombra de ciencia. Podrá haber algún que otro hombre científico como dice el refrán italiano "non e si tristo cane che non meni la coda". El caso Cajal y mucho más el caso Hinojosa, no pueden significar un orgullo para nuestro país: son más bien una vergüenza porque son una causalidad.

Bastante más adelante, casi veinte años después, en 1927¹⁵, asoma otro motivo por el que la ciencia cajaliana no encaja en el deseo y el diseño orteguiano:

Se me citará concretamente el constante homenaje de las clases sociales más diversas a un hombre como Ramón y Cajal. Pero yo deploro que este ejemplo me hunda más en lo que por ventura es mi error. Esa excepción, en cierto modo única, que se hace con Ramón y Cajal, trayéndole y llevándole como al cuerpo de San Isidro, en forma de mágico fetiche, para aplacar las iras del demonio Inteligencia, acaso ofendido, es una cosa que no se hace más que en los países donde no se quiere trato normal próximo y sin magia con los intelectuales. Se escoge uno a fin de libertarse, con el homenaje excesivo e ininteligente a su persona, de toda obligación con los demás. El hecho de ser justamente Ramón y Cajal el elegido acentúa, mejor aún, pone al descubierto casi obscenamente el irrisorio secreto que oculta tan aparente fervor. Porque apenas nadie tiene la más ligera idea de cuáles son las admirables conquistas del ilustre sabio. Por otra parte, la histología es una ciencia tan remota de la conciencia pública, tan neutra y sin color, que parece deliberadamente escogida para la apoteosis por un pueblo que considera la labor intelectual como una superfluidad, cuando no como una fechoría. Si Ramón y Cajal escribiese una sola página que afectase un poco más de cerca al ánimo español, presenciáramos la ominosa evaporación de su poder social.

Ortega no sólo critica la actitud popular de aprecio supersticioso al excepcional Ramón y Cajal sino que sostiene dos afirmaciones enormemente significativas: primero que la ciencia cajaliana es ignota, y, segundo, que si fuese relevante

Ramón y Cajal dejaría de ser venerado por las masas. La primera afirmación es quizá disculpable para dicha en 1927, pero resultó ser a la larga rotundamente falsa y permite poner una vez más de manifiesto que Ortega tiene un ideal de ciencia en la cabeza que es escasamente compatible con la ciencia que de hecho desarrollaba el histólogo y neurólogo aragonés. No se trata de pedir a Ortega, que acertó a vislumbrar la trascendencia del psicoanálisis, por ejemplo, que adivinase la importancia que acabaría teniendo la neurología, pero sí es necesario recalcar que Ortega está pidiendo un tipo de ciencia idealizada y olvidando, tal vez, que también en este terreno se hace camino al andar, que el método cajalano de la emulación y el esfuerzo era el único en realidad disponible si se pretendía que en una sociedad sin una tradición académica suficientemente exigente prendiese el amor por la ciencia y el empeño en ampararla y promoverla.

Cierta historiografía ha persistido en alinear a Ortega con Ramón y Cajal y en enfrentarlos a Unamuno. Un eco reciente de esa posición es el que encontramos en una afirmación de Soledad Ortega, la hija del filósofo madrileño, al prologar la publicación de la correspondencia entre Unamuno y su padre¹⁶:

Unamuno cree en la exaltación de las cualidades propias de la raza mediante una formación moral que lleve a los españoles a la asunción de responsabilidades concretas. Ortega, más en la línea de Costa o de Ramón y Cajal, piensa que los españoles podrán hacer ciencia si se crean unas estructuras de estado que lo permitan: laboratorios, universidades, bibliotecas, etc.

En realidad las cosas pueden verse mejor de otro modo: ya hemos visto la sintonía entre la interpretación unamuniana del Quijote y el estímulo que Ramón y Cajal trataba de proporcionar a los españoles con motivo de la conmemoración del centenario de la obra cervantina. Pues bien, por otra parte, la discrepancia entre Ramón y Cajal y los propósitos políticos de regeneración de Ortega residía precisamente en dos cuestiones muy relacionadas según el modo de pensar de Ramón y Cajal.

En primer lugar, Ortega creía y decía que España era algo que había dejado de existir y que, en palabras del filósofo madrileño¹⁷ era, por tanto, sólo el nombre de algo que había que hacer. En ese modo de pensar está implícita una

idea que es enteramente imposible de encontrar en Ramón y Cajal para quien España era una realidad en crisis pero bien cierta y rotunda, nada que hubiese que inventar. Del mismo modo, a Ramón y Cajal, persuadido de que el esfuerzo podría con todo, le parecía que el problema de la endebles de la ciencia española podía resolverse por el sacrificio y la exigencia ética de las personas, no era algo que dependiese de la carencia de medios o de la necesidad de inventar un modelo de organización que, *eo ipso*, resolviese las cosas. Son abundantes los textos de Ramón y Cajal en este sentido, pero bastará con uno. A la vuelta de uno de sus viajes a Göttingen anota¹⁸:

De esta rápida excursión por las Universidades extranjeras saqué la convicción profunda de que la superioridad cultural de Alemania, Francia e Italia no estriba en las instituciones docentes, sino en los hombres. Lo he dicho ya: los recursos materiales de que disponían sabios insignes parecieronme poco superiores a los nuestros, y en algún caso, notoriamente inferiores.

La moral orteguiana de la ciencia suponía una reforma institucional y política que, al menos intencionalmente, implicaría una reforma social¹⁹, mientras que la propuesta de patriotismo y ciencia que llevaba a cabo verbal y efectivamente Ramón y Cajal, sus continuas incitaciones a la ejemplaridad, la sobriedad, el orgullo y el esfuerzo personal se situaban en un plano en el que no era necesaria otra reforma que la de las conductas personales. Ramón y Cajal no se hacía cuestión del ideal de la ciencia sino que se dedicaba esforzadamente a la investigación, exaltaba el valor necesario para ser original y se estimulaba a sí mismo y pretendía estimular a sus compatriotas con el acicate del patriotismo despechado por la insignificancia española y el menosprecio de los extranjeros.

Por lo demás, Ortega estaba de uno u otro modo inserto en una tradición española frente a la que Ramón y Cajal se mostró muy reticente en varias ocasiones. Para empezar, Ramón y Cajal era un talante enteramente empirista y, aunque amase la lengua y la literatura, se esforzaba siempre por distinguir entre la ciencia que en verdad busca nuevos saberes y la erudición o la brillantez más o menos aparatosa. Según Ramón y Cajal esa clase de defectos, la tendencia a la retórica y a la vaguedad, había malogrado la mayor parte de los esfuerzos de los institucionalistas. Aunque no exista una continuidad estricta entre los insti-

tucionistas y las ideas de Ortega, muchos han tendido a ver una continuidad en la historia intelectual de la España de aquellos años, en virtud de la cual, la moral de la ciencia pasaría de los institucionistas a Ortega y sus proyectos, de manera que Ramón y Cajal vendría a ser un caso aislado como afirma Cacho Viu²⁰, que es justamente como tendió a presentarlo el propio Ortega.

Sea como fuere, el discurso cajaliano y unamuniano sobre el modelo del *Quijote* se ha perdido, su rastro se quiebra

por completo en Ortega para dar lugar a una filosofía en la que, pese al aristocratismo de Ortega, la valoración que se otorga a lo colectivo y a los caracteres anónimos e impersonales que definen y diferencian las épocas iban a acabar definitivamente con cualquier rasgo de individualismo dejando muy escaso margen de actuación y de eficacia a la ejemplaridad de los héroes de antaño. Mientras que Ramón y Cajal, y también Unamuno, hablan de un Quijote vivo, de un extraordinario igual, Ortega se dejó convencer por la ilusión de que es imposible ser un Quijote.

NOTAS

* Además del citado ejemplar existe una transcripción en esta revista: *Arbor*, tomo CLXXIX, 705 (septiembre 2004), pp. 1-12.

Se trata de un texto de terminología muy accesible para el lector, aunque además de las citadas erratas, por otra parte obvias, emplea unos cuantos términos actualmente no muy conocidos o bien de carácter científico. Hemos anotado algunos:

"lacerías": Miserias, de lacerar, forma poco usada según el DRAE (p. 5)

"noctilucos": protozoo flagelado que causa luminosidad nocturna en las aguas del mar debido a su fosforescencia. (p. 7)

"pejugalero": podría ser una variante dialectal aragonesa resultante de una deformación por metátesis de "pejugalero" (con su variante menos frecuente "pejujarero"), que significa "labrador con poca labor" y "ganadero con poco ganado". Es una familia de palabras antigua, que se mantiene todavía hoy, aunque con escaso uso. La usó Jovellanos y aparece en el Diccionario de Autoridades, aunque seguramente es anterior al s. XVIII y deriva del latín *peculiaris*. En Andalucía existen abundantes variantes populares (como podría ser la aragonesa): desde "pejualero" en Cádiz a "peujalero" en Córdoba o "pujarero" en Jaén. Está registrado (Ahumada Lara) "piojarero" (Jaén y Murcia). Al significar etimológicamente "parte de una hacienda que se entrega al hijo",

es decir, una mínima parte en relación con un todo, la etimología popular ha dado lugar a "piojar" y "piojarero". Agradezco a Javier López Facal, a Leonardo Gómez Torrego y a Ignacio Ahumada Lara sus informaciones al respecto. (p. 9)

"Amfritite": Una de las Nereidas. Fue cortejada por Poseidon y huyó de él al Atlas. El dios del mar le enviaba mensajeros para atraerla hasta que fue finalmente convencida. (p. 12) (Hemos señalado la paginación de la transcripción realizada en esta revista).

1 "Don Quixote came to be seen as the work of national disenchantment – a book in which a historic Spanish attitude of melancholy over the abject course of Spanish history since the reign of Philip III could find a confirmatory echo, or better still, clarification and reassurance. The primitive view that it had caused Spain's decadence had become, after many transformations, the assumption that it had seen clearly into the nature of that decadence, warned against it, and, perhaps, held out some solution for it", CLOSE, Anthony J. (1977): *The Romantic Approach to Don Quixote*, Cambridge University Press, Cambridge, p. 133.

2 Desde el primer párrafo de este discurso se puede notar que Ramón y Cajal no está dispuesto a entrar en ninguna polémica acerca de la interpretación del *Quijote*: como dirá expresamente más adelante, su lectura se apoya en los "penetrantes análisis" de Menéndez Pelayo y en las

Recibido: 19 de octubre de 2005

Aceptado: 9 de diciembre de 2005

- aportaciones de Revilla, Valera, Navarro y Ledesma y en los "atisbos felices" de Unamuno, Salillas y otros muchos. Ramón y Cajal es de de esos lectores de los que se puede decir que siguen el consejo de Navarro y Ledesma y se "contentan con amar a Cervantes y a la patria llanamente", Navarro y Ledesma, F. (1960): *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, Espasa, Madrid, p. 10.
- 3 Como he escrito en otro lugar, "esta unión del patriotismo con el ideal de la investigación científica como elemento civilizador es enteramente peculiar en Ramón y Cajal. Independientemente de que, como veremos, fuese de hecho un ardiente defensor de una idea unitaria de España, el patriotismo español de Ramón y Cajal es radicalmente moral y políticamente neutral, puesto que se formula en términos de solidaridad, de virtud ligada al ejercicio de la inteligencia y al fortalecimiento de la voluntad, enteramente ajeno a las razonables disputas que caben en las cuestiones políticas", González Quiros, J. L. (2002): "España y el patriotismo en la obra de Ramón y Cajal", *Ars Medica*, vol. I, nº 2, XI-2002, pp. 214-239, p. 223.
 - 4 Quedan en Ramón y Cajal testimonios de una lectura y un uso burlesco y prerromántico del quijotismo: en uno de sus escritos biográficos y a propósito de su ardoroso idealismo juvenil, anota: "Si el lector tiene presente el carácter sandíamente quijotesco del autor de este libro, deducirá fácilmente que me sería adjudicado uno de los peores destinos", Ramón y Cajal, S. (1961): *Mi infancia y Juventud*, En *Obras selectas*, Espasa-Calpe, Madrid, p. 226.
 - 5 Ramón y Cajal, S. (2000). *Reglas y consejos sobre investigación científica. Los tónicos de la voluntad*, Madrid, Espasa, p. 49.
 - 6 "Antes que permitir que siguiera desilusionando espíritus preferí lanzar el epíteto de "decadente" sobre el libro de Cervantes. Ello fue en 1903, en las columnas de *Alma Española*. A pesar de la protesta que produjo, no pasó mucho tiempo sin que una voz autorizada viniera a repetir lo que yo había dicho", Maeztu, R. de (1939): *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*, Espasa Calpe, Madrid, p. 72.
 - 7 Unamuno, M. de (1991): *En torno al casticismo*, Espasa Calpe, Madrid, p. 48.
 - 8 Unamuno, M. de (1971): *Obras completas*, Escelicer, Madrid, tomo I, p. 1231.
 - 9 Unamuno, M. de (1971): (1971): "De los recuerdos de la vida de Cajal", *Obras completas*, Escelicer, Madrid, tomo III, pp. 1186-1189.
 - 10 La diferencia respecto a Nietzsche es importante porque, como recuerda Cerezo (Cerezo, P. (1996): *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*, Trotta, Madrid, p. 326), tanto Antonio Regalado como Gonzalo Sobejano han señalado en el Quijote de Unamuno rasgos específicos de la doble influencia de Kierkegaard y Nietzsche. Respecto a la valoración unamuniana de Nietzsche es interesante anotar la interjección que le dedica en una carta a Ortega fechada el 2 de Diciembre de 1906 (Robles, L. (1987): *Epistolario completo Ortega - Unamuno*, Ediciones El Arquero, Madrid, p. 53): "¡Qué indigestión de excrementos de Nietzsche, Dios mío!".
 - 11 Ramón y Cajal, S. (1981): *Historia de mi labor científica*, Alianza, Madrid, p. 145.
 - 12 Cacho Viu, V. (1997): *Repensar el noventa y ocho*, Biblioteca Nueva, Madrid, p. 43.
 - 13 Carta de Santiago Ramón y Cajal, como Director del Laboratorio de investigaciones biológicas, a Miguel de Unamuno, el día 26 de marzo de 1913, publicada por Durán Muñoz, G. y Sánchez Duarte, J. (1983): Ramón y Cajal. *Escritos inéditos*, Científico médica, Barcelona, pp. 282-283.
 - 14 Ortega y Gasset, J. (1946): *Asamblea para el progreso de las ciencias*, II, en *Obras Completas*, III, p. 108.
 - 15 Ortega y Gasset, J. (1947): *El poder social*, IV, en *Obras Completas*, III, pp. 498-499.
 - 16 Prólogo de Soledad Ortega a Robles, L. (1987): *Epistolario completo Ortega - Unamuno*, Ediciones El Arquero, Madrid, p. 20.
 - 17 Puede verse: Ortega y Gasset, J. (1983): *Sencillas reflexiones*, en *Obras Completas*, X, p. 166, y en *Liga de educación patriótica*, X, p. 247.
 - 18 Ramón y Cajal, S. (1981): *Historia de mi labor científica*, Alianza, Madrid, p. 97.
 - 19 Según José Luis Molinuevo, "Se trata de una ciencia no fruto de una hazaña personal (individualismo al estilo Cajal), sino como hecho social", Molinuevo, J. L. (2002): *Para leer a Ortega*, Alianza, Madrid, p. 40.
 - 20 Cacho Viu, V. (1997): *Repensar el noventa y ocho*, Biblioteca Nueva, Madrid, p. 63.